

LA HIDRA DE LERMA

El contexto de un poema perdido de Cernuda contra Prados

Antonio Rivero Taravillo

La primera mención a Emilio Prados en alguna página de Luis Cernuda aparece en una carta del 16 de octubre de 1926 al librero León Sánchez Cuesta en la que el sevillano muestra interés en adquirir *Canciones del farero*, publicado por *Litoral*. Si la partida de bautismo de la Generación se puede fijar en aquellos tres días de mediados de diciembre de 1927 —el homenaje a Góngora celebrado en Sevilla—, la relación de Cernuda con Prados se adelanta a unos meses antes, cuando en la primavera se publica también como suplemento de *Litoral* el primer libro del sevillano: *Perfil del Aire*. Con este fin, Cernuda mantuvo una relación epistolar con Altolaguirre, y no sabemos si también con Prados, los poetas-tipógrafos de *Litoral* (curiosamente, ninguno de los tres aparece en las famosas fotografías de la Generación, pues Cernuda no subió al estrado aun estando en la sala, y los malagueños no acudieron a Sevilla).

Fue en 1928 cuando, muerta ya la madre de Cernuda y liberado este de los lazos que lo ataban a su ciudad, decidió pasar unos días en Málaga para conocer a sus amigos epistolares y editores. Fueron para el autor de *Perfil del Aire* jornadas plenas de amistad. Más tarde, ese mismo año, Cernuda y Prados urdieron una antología de poetas contemporáneos que no llegó a cobrar forma. También proyectaron con José María Hinojosa una revista acorde con el movimiento surrealista, que tampoco salió (barajaron los títulos *Poesía y Destrucción*, *El agua en la boca* y *El Libertinaje*).

Luego estuvieron a punto de ser compañeros de trabajo en la librería madrileña de León Sánchez Cuesta, de la que ya era empleado Cernuda, cuando, después de haberlo hecho en 1924, a mediados de 1930 el librero volvió a ofrecer un puesto a Prados, quien deseaba abandonar una Málaga en la que se asfixiaba y establecerse en Madrid, como reveló Francisco Chica en su tesis doctoral. Finalmente, Prados pospuso el viaje a Madrid y los dos

poetas no llegaron a trabajar juntos, aunque Prados delegó en Cernuda la selección de libros franceses surrealistas que quería recibir del establecimiento de Sánchez Cuesta. Pero una atracción surgió algo más tarde en marzo o abril de 1931 de Cernuda hacia Prados, estando este en Madrid, como Aleixandre contó a Luis Antonio de Villena. Prados no pudo corresponder a Cernuda y este se sintió despedido sobre todo consigo mismo, por haberse fijado en él, dijo.

En «Dos poetas», texto de 1931 precisamente sobre Aleixandre y Prados que vio la luz en el *Heraldo de Madrid*, Cernuda hablaba del apasionamiento y la sensualidad de Prados, rasgos que con el tiempo se suavizarían casi hasta opacarse. «No conozco poeta español actual que en este terreno le supere; es el más apasionado de todos ellos», escribió. Fue ese carácter encendido de Prados el que hizo que como Aleixandre y Cernuda se opusiera radicalmente a la antología *Poesía Española* de Gerardo Diego de 1932 (de la que formó parte contra su voluntad y con una nota biográfica proporcionada por Aleixandre) y desapareciera de la segunda edición, en 1934.

En el verano de 1933, Cernuda pasó unos días en Málaga acompañado de Prados y Bernabé Fernández-Canivell. Fue entonces cuando el sevillano se enamoró de Gerardo Carmona, hermano de Darío y Manuel, amigos de Prados por entonces. Fueron días muy felices para Cernuda en el barrio de El Limonar, bañándose en el mar, disfrutando de un breve idilio. Aunque el poeta ya había visitado Torremolinos en su primera visita a Málaga, debió de darse ahora la circunstancia que queda fijada en la extraordinariamente bella «Elegía anticipada», cuyo final resuena como el mar en una caracola: «El hombre quiere / caer donde el amor fue suyo un día».

El 28 de marzo de 1934 escribía a Fernández-Canivell: «¿Y Emilio? Tengo un encargo para él; pero prefiero que

seas tú quien vea si es posible hacerlo. Ya sabes que considero a Emilio como un amigo histórico, del cual ni quiero ni sería posible desprenderme. Pero creo que es mejor evitar la comunicación directa para mantener así una amistad ideal que va muy bien con su temperamento y casi, casi, con el mío, a veces». Se trataba el encargo de la edición, en la imprenta Sur, propiedad de Prados, de un libro de José Herrera Petere. El 22 de octubre de aquel año, Cernuda volvió a escribir a Fernández-Canivell mostrando desapego hacia Prados: «Y espero pasar en Málaga unos días que yo procuraré hacer lo menos oficiales posibles para tener libertad de ir adonde quiera y con los amigos —contigo, porque a Emilio le dejo en libertad». Y añadía que no le daba ya importancia a los «chismes» que este había propalado sobre los Carmona: «no me me importa que dijera de mí lo que se le ocurriera. Allá él; no por eso puedo quitarle la amistad que siempre le tuve». Luego, en un diario que llevaba el sevillano, anota el 11 de noviembre del mismo año: «Encontré a Emilio, de pronto, en la calle Larios; el mejor momento ha sido este, para mí de afecto grande y espontáneo; luego no he podido estar natural con él». Era, efectivamente, frecuente que Cernuda tuviera dificultades para expresar su afecto y que mostrara cierta aspereza incluso con aquellos que más le importaban. A menudo ese carácter frío y hasta seco obedecía, entiendo, a una gran vulnerabilidad que daba en susceptibilidad. Pero se sobrepuso a sus reticencias y rarezas y esos días realizó una excursión a Vélez-Málaga con Prados, Miguel Prieto, Fernández-Canivell y la entonces novia de este, Quinín.

Hans Gebser, el amigo de Cernuda que tradujo con él una selección de poemas de Hölderlin, preparaba con Joy Hewin Winstone una antología de jóvenes poetas españoles: *Neu Spanische Dichtung*. Con tal motivo, ya confirmados Alberti, García Lorca, Aleixandre y el propio Cernuda, este se dirigió a Fernández-Canivell para recabar un original de Prados. «Tal vez no le desagrade la idea, aunque no le interese», le escribió. Y agregaba que bastaba con mandar un poema si quería, que no hacía falta que se molestara en escribir. Como vemos, de nuevo se dirige a Prados por persona interpuesta, como no teniendo ganas de dirigirse a él directamente.

En la Valencia de 1937 coincidieron también una temporada, pero con poco trato. Prados fue uno de los organizadores del Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura celebrado en aquella ciudad, y más tarde, en 1939, codirector de la revista *Hora de España*. Antes de marcharse

de España en 1938, Cernuda colaboró en ella y en algunas otras actividades, como la representación de *Mariana Pineda*, de Lorca, pero como recordó Elena Garro en sus *Memoorias de España*, Cernuda era más de irse a tomar el sol a la playa que de encerrarse en las sesiones del citado Congreso (de hecho, su nombre ni siquiera figura en el programa).

Prados y Cernuda tenían caracteres muy distintos, que los fueron alejando. Es por ejemplo inconcebible que Cernuda se hubiese decantado por el ascetismo religioso de Prados; y a la inversa, que este hubiese compuesto «Poemas para un cuerpo», donde no hay sentido trascendente y sí una delectación en la figura, en lo físico, por más que en la conversación que en 2009 tuve con Salvador Alighieri, en México, el antiguo culturista subrayara que su relación con Cernuda fue solo platónica. Quién sabe. Estos días, releendo *Desolación de la Quimera*, he visto que la primera estancia de «*Ninfa y pastor*, por Ticiano» puede perfectamente aplicarse a esta diferencia de talentos entre el malagueño y el sevillano:

Lo que mueve al santo,
La renuncia del santo
(Niega tus deseos
Y hallarás entonces
Lo que tu corazón desea),
Son sobrehumanos. Ahí te inclinas, y pasas
Porque algunos nacieron para santos
Y otros para ser hombres.

Jesús Bal Gay publicó una reseña de *Jardín Cerrado*, libro de Prados de 1946. Cuenta Francisco Chica: «La reseña, que apareció en dos partes, se publicó en un diario mexicano del momento. En el archivo del poeta se conserva recorte de la misma, sin referencia ni fecha. En la parte II aparecen tachaduras hechas por Prados. El poeta elimina todo lo referido a la influencia que el articulista señala en él de Cernuda». Esto en realidad demuestra que Prados y Cernuda no eran tan desaparejos, pues este también se revolvió contra cualquier posible influencia de Jorge Guillén en *Perfil del Aire*, y años más tarde se subía por las paredes al señalar José Luis Cano la influencia de Keats en su obra.

Cernuda visitó por vez primera México en el verano de 1949, de vacaciones, y volvió los veranos siguientes hasta instalarse en el país en 1952. Prados había llegado en 1939, había tenido a su cuidado la segunda edición de

La Realidad y el Deseo publicada por la editorial Séneca en 1940. Pero el volumen era tan abundante en erratas que como anécdota cabe señalar que Julio Cortázar llegó a anotar en su ejemplar, con una llamada en el colofón tras «bajo el cuidado de Emilio Prados»: «el descuido». El autor del libro no fue menos crítico, lamentándose de las erratas a Gregorio Prieto y otros.

Cernuda se reencontró en 1949 con Prados y con los otros exiliados que residían en la capital mexicana, José Moreno Villa y Manuel Altolaguirre entre ellos. Pero la relación estaba ya enrarecida y, aunque hay una fotografía de julio de 1950 que los muestra juntos en aparente camaradería en compañía de los anteriores, las fisuras entre Cernuda y Prados eran considerables. De hecho, sendas fotografías fechables en esa época muestran a Cernuda, Moreno Villa y Prados en casa de Altolaguirre; en la primera exhiben actitud relajada y muy significativo es que en la segunda, en la que ya no aparece Moreno Villa, los otros dos no se mueven de sitio manteniendo entre ellos el hueco que ocupaba el autor de *Jacinta la pelirroja*: ninguno ha dado un paso hacia el otro y la instantánea queda como una de esas fotografías que Stalin mandaba manipular, desaparecido alguien que hubiese caído en desgracia (con la salvedad de que aquí, quienes han caído mutuamente en desgracia a ojos del otro son Cernuda y Prados, no el esfumado Moreno Villa). Además, ambos hombres muestran si no disgusto sí cierta incomodidad. Existe una tercera fotografía de esa sesión, no sabemos si anterior o posterior a las comentadas, en la que Moreno Villa vuelve a estar en medio de los dos, conciliador, echando el brazo a cada uno por el hombro. Prados sonrío aquí abiertamente, aunque Cernuda apenas esboza una mueca.

Cernuda escribió a José Luis Cano en noviembre de 1950 en términos no muy favorables para Prados, tildándolo poco menos que de enfermo imaginario: «y los médicos le encuentran unos padecimientos muy complicados, no mortales, cuyo tratamiento sigue por unos días, hasta que decide ocuparse de otra cosa». Y añade:

«Yo en realidad no conocía a Emilio Prados, aceptaba sin discusión su leyenda. Y ahora, que tengo más años, al encontrarle, me parece que la leyenda, excepto en lo menos favorable, no corresponde a la realidad». El veredicto es más duro unos días más tarde: el 12 de diciembre escribió a Juan Gil-Albert: «En menos de un año Ramón Gaya, Emilio Prados, Concha de Albornoz, por unas razones o por otras, no son ya amigos míos».

En agosto de 1951 volvió a escribir a Cano: «Emilio está en un estado de ánimo que no puede ser peor; es una especie de abstención de vivir». Pero apostillaba que lo veía mucho. Y pocos días después, se lamentaba al mismo destinatario, al menos incluyéndose en la decadencia: «Manolo convertido en un hombre de negocios; Emilio convertido en una ruina física y moral. Y yo, sabe Dios en lo que estoy convertido». En noviembre de 1952, al poco de haberse instalado el sevillano en México, Prados y Cernuda, Cernuda y Prados, fueron testigos de la boda de Paloma Altolaguirre con Manuel Ulacia, como también lo fue Moreno Villa. ¿Depusieron sus tiranteces, aunque fuera por los viejos tiempos y por los amigos presentes?

Cernuda vivió durante un año en el piso de Altolaguirre en la calle Sullivan, a mil metros escasos de donde residía Prados, prácticamente en línea recta a lo largo de la calle Río Lerma. Era una distancia perfectamente caminable para las dimensiones de la gigantesca Ciudad de México, pero el 28 de enero de 1953 Prados se quejaba en carta a Fernández-Canivell de que ni Cernuda ni Altolaguirre le prestaban atención, y que ni lo llamaron cuando estuvo dos meses postrado en el lecho. Once meses después, el 14 de diciembre se quejó en una carta a Gerardo Diego de que habiéndole puesto a Cernuda por delante un ejemplar de *La Realidad y el Deseo* para que escribiera alguna dedicatoria, este solo escribió un escuetísimo «Luis». Aunque el malagueño añadió que pese a ello lo seguía queriendo, es lo que debe de haber inclinado a Francisco Chica en *El poeta lector. La biblioteca de Emilio Prados* a situar en este año el «deterioro creciente de su relación con Cernuda». El 19 de marzo de 1954 Cernuda vuelve a escribir a Cano: «Emilio os cuenta cómo le «abandonamos». Todo eso son mentiras. En cuanto le veo una vez, ya se niega luego, y no responde al teléfono, ni abre la puerta de su casa. Tiene un complejo de Galatea: la buscan, huye; no la buscan, se ofrece. En fin...». Prados por su parte se quejó también a Cano de que Cernuda no lo visitaba ni lo llamaba por teléfono: «Luis no viene por aquí ni me habla aunque ya vive en México. Su vida tampoco está conforme con lo que yo busco para ir a Dios si Él quiere».

Ambos coincidieron en el entierro de Moreno Villa, en abril de 1955. También estaba allí Altolaguirre. Se les unió Octavio Paz, como contó Max Aub en la crónica que publicó en el suplemento *México en la Cultura*. Luego, en la *Revista de la Universidad de México* publicó «Al volver del entierro de Luis Cernuda». En la semblanza que

dejó del sevillano, escribió: «Fue siempre un hombre distante que parecía no querer mancharse con nada que pudiera dejar rastro. Atildado, elegante, frío. (Hablo por mí, claro. ¡Qué distinto debió de ser con otros! Pero no me lo puedo imaginar.) ¿Lo recuerdo en la boda de Manuel Altolaguirre? Seguramente. Siempre vestido de gris, aunque fue de otros colores. Luego, en la guerra, no recuerdo dónde. ¿En París? Después le entreví, de nuevo en casa de Manolo, cuando este vivía en Sullivan; en el entierro de Moreno Villa; con Rosa Chacel; ¿en el velorio de Emilio?, no lo creo: era firme en todo, más en sus absurdos».

Más adelante, en 1956 Cernuda escribe a Vicente Núñez que no quiso recoger del correo (donde los libros españoles pagaban aduana) obras de Emilio Prados o de alguien a quien llama «el profesor Alonso» (más probablemente Amado Alonso que Dámaso Alonso, con quien había roto hacía tiempo toda relación). Llamativa es por otra parte la ausencia de Prados de los ensayos que componen *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), al hablar de la «Generación de 1925». Lo menciona de pasada, pero no le da el mismo tratamiento que a Salinas, Guillén, García Lorca, Diego, Alberti, Aleixandre y Altolaguirre, a quienes sí dedica capítulos. A Concha de Albornoz, con quien Cernuda no dejó de ser tan amigo como declaró unos años antes, el 24 de octubre de 1958 cuenta que coincidió con Prados en una conferencia que Gerardo Diego dio en México por mediación de Alfonso Reyes. No había nadie, dice, sino los restos de la generación residentes en aquel país. Y añade: «Por cierto, que tuve una escena desagradable con el chismoso Prados. Diciendo como dice horrores de mí, y sabiendo que no quiero verlo, intentó acercarse a mí varias veces, pero me alejé a tiempo; a pesar de que un elefante (pongo por piel dura) hubiera comprendido que nada quería con él, al fin, en un descuido mío, sentí que me ponía la mano en el brazo. Di un respingo, y puse tan mala cara, que al fin me dejó en paz. Claro que eso le agrada más que el abracito de Judas con que quería sellar nuestras diferencias. Ahora podrá ir diciendo que le «ultrajé», que le «abandoné» (su deseo más hondo es que le violen, le empuñen y le abandonen; lo primero no hubiera sido imposible, en tiempos; lo tercero, facilísimo, tratándose de quien se trata; lo segundo, como ves, imposible), que es su muletilla sempiterna con todo el mundo».

En una carta posterior a Concha de Albornoz va más lejos y llama a Prados «ladilla», recordando el incidente referido. Y a Fernández-Canivell le contó en marzo de 1959 que

Prados se entrometió en un envío que iba a hacer a Núñez, y también en la relación que Cernuda tenía con el mexicano Manuel Rodríguez Lozano. «No le dejes, porque no vendrá más que a chingar», le dijo al parecer este a Cernuda. Y a Sebastian Kerr le escribió el 25 de enero de 1960: «Si lees ese libro que encargó de poemas de Prados, *I wonder what would you think about his everlasting bla bla bla. He is besides the greatest emmerdeur (forgive me for being so rude) I ever met with*».

Paloma Altolaguirre me contó lo que ya también había recogido James Valender en una entrevista incluida en el Álbum dedicado a Cernuda por la Residencia de Estudiantes: que, tras la muerte de su padre, Concha Méndez quiso que Cernuda y Prados se reconciliaran, e invitó al segundo a su casa de la calle Tres Cruces en que Cernuda tenía una habitación. Cuando el autor de *La Realidad y el Deseo* se enteró de que iba a llegar Prados, retiró su plato y se encerró en la cocina hasta que su antiguo amigo se marchó. También Paloma contó a Valender en la citada entrevista que Cernuda, quien rara vez les daba a leer lo que escribía, una vez les leyó a Concha Méndez y a ella un poema en contra de Prados titulado «La hidra de Lerma», cuyos versos muy duros festejaba Cernuda con risas. Este poema, desechado de *Desolación de la Quimera*, libro al que correspondería por datación y tono, no ha llegado a nosotros. Lo debería de destruir Cernuda, acaso arrepentido de la invectiva, quizá insatisfecho con el resultado, o ambas cosas a un tiempo. Cabe señalar que aquí el sevillano juega con el parecido del nombre de la calle en que vivía Prados en México y el de la figura mitológica griega la Hidra de Lerna, monstruo hijo de Tifón y Equidna y por consiguiente hermano de la Quimera que, vía el Eliot de *Cuatro cuartetos* («Burnt Norton»), dio título al último libro de poemas de Cernuda.

Como es sabido, *Desolación de la Quimera* contiene ácidos poemas sobre JRJ, Salinas, Dámaso Alonso y algún otro. El escrito sobre Prados estaría en esta línea. Un poema de esa serie de ajustes de cuentas, «Respuesta», ha sido habitualmente interpretado como un ataque a José Luis Cano (José Teruel lo documentó en *Ínsula*, y comparte su opinión Valender), aunque Luis García Montero apuntó que también podía referirse a Prados. ¿Sería en realidad, cambiado el nombre, el mismo que «La hidra de Lerma»? No parece probable, porque no hay nada en «Respuesta» que haga pensar que Cernuda se riera leyéndolo, como contó Paloma Altolaguirre. «La hidra de Lerma» habría de estar escrito en una veta satírica, con ataques más di-

rectos y personales que los que, tan vagos, se aprecian en el poema que conocemos. Por lo demás, parece indudable que a esas alturas Cernuda pensaba de Cano que era cretino y ruin (los dos adjetivos del poema). En septiembre de 1960, no mucho antes de marzo de 1961 cuando compuso el epigrama, escribió a Cela acerca de Cano: «le sabía tonto, pero le creí bien intencionado, y ahí es donde me equivoqué del todo».

Emilio Prados murió el 24 de abril de 1962. Fue Concha de Albornoz quien dio la noticia a Cernuda, cuando este se hallaba en San Francisco. «Lo he sentido, ya que al fin y al cabo fuimos amigos en tiempos y era uno del grupo, en el que los huecos crecen, porque es natural, porque dejamos de ser jóvenes hace ya bastante tiempo», respondió el sevillano. Y a Dolores Arana, una semana después, escribió: «Falleció Prados; la noticia me llevó a prescindir de mi actitud respecto al mismo, pero no es una actitud generosa y noble de larga duración, según temo».

El 23 de septiembre de ese año se excusó ante María Zambrano: «Perdona mi detonación contra Prados de mi última carta. Siento la pena que te he causado». Esa carta ha desaparecido y no es descartable que Zambrano la destruyera ante los comentarios tan poco caritativos con el difunto. Ella le escribió muchos años después en segunda persona para el homenaje *A una verdad*, editado por Andrés Trapiello y Juan Manuel Bonet en 1988, que creía en el misterio de Cernuda, como creía en el de Prados, «con quien no querías que te emparejara». A Ricardo Gullón también le sorprendió el desagrado que Cernuda mostró en 1963 cuando habló de Prados, tanto más cuanto que el malagueño siempre había hablado muy bien del sevillano en su presencia.

José de la Colina ha recordado al menos en dos ocasiones por escrito las maledicencias de Prados hacia Cernuda, que justifican la acusación de chismoso por parte de este: «A Cernuda no lo querían ni sus colegas, los otros poetas del exilio, sobre todo no lo quería el dulce y parlanchín y tiernamente venenoso Emilio Prados, buen poeta también, y compañero suyo de la juventud en España, en Madrid, en la mítica Residencia de Estudiantes. Prados, anecdotario viviente, con su aspecto de erudito o chino, en su eterna y gastada bata como hábito de falso monje, contaba con voz apagada y su habla de eses y zetas erráticas, trastocadas: —¿Sabes una cosa? Yo caminaba por las callejitas de Toledo, daba vueltas y vueltas, había un sol a plomo, una soledad enorme, y de

pronto oigo un gemío, un ay dolorosísimo, como de un agonizante, ¿ves?, o como de alguien con una pena desgarradora, y unos sollosos, y entonse me dio una angustia que no me cabía en el pecho, Dios mío, me dije, pero quién puede sé que llora azí, y luego era un llanto más sostenío, qué tremendo, ¿comprendes?, y yo buscaba dando vueltas a las ezquinaz, me perdía por aquellos callejones tremendísimos, y el llanto aquel se oía unas veces serca y otras lejos, y finalmente, para no haserte el cuento largo, llegué a una plasita recoleta, y allí, frente al ezcaparate de una tienda de ropa fina, había un hombre arrodillado, tendía los brazos a una corbata elegantísima, ingleza, que estaba traz el cristá, y al verme me reconocío y me dijo con lágrimaz en los ojos: Mira, Emilio, qué hermosura, y no me la puedo comprá. Entonse yo lo reconocí a él ¡y era Cernúa!».

La lengua afilada no se limitaba al dandismo menesteroso de Cernuda. Y no ha de creerse a pies juntillas lo que dice, porque la nariz de Cernuda no era en realidad chata sino respingona. Sigue José de la Colina, remedando la pronunciación de Prados: «O bien: —¿Zabes? Cuando Gerardo Diego sacó su antología de poetas de nuestra generación, la del ventiziete, Cernúa le dijo que no le perdonaba que hubiera revelado allí su segundo apellido, Bidón, que a Cernúa le parecía un insulto que le había hecho la propia familia, y entonse Diego le dijo: Puez agradéscame que no haya publicao una fotografía zuya de perfil... Porque Cernúa ez esageradamente chato, sabes».

Cuando investigaba sobre Cernuda en la Hemeroteca Nacional de México, en terrenos de la misma UNAM en la que Cernuda había sido profesor, hallé que al dar la noticia de su muerte un periódico afirmaba que por deseo expreso del sevillano, este sería enterrado junto a los restos de Emilio Prados. ¿Una reconciliación póstuma? Cuando le pregunté al respecto, Paloma Altolaguirre nada sabía. Lo cierto es que sus tumbas están muy cerca una de otra en el Panteón Jardín de la Ciudad de México. La del sevillano, de mármol gris, está antes de llegar a la del malagueño, de tezontle. En el poema «La tumba de Prados» de *Svarabhakti* (2019), hablo de la cercanía de las lápidas y de la distancia entre aquellos cuyos huesos cubren:

A unos pasos, la lápida de otro
que fuera amigo y, luego, enemistado,
mal lo quiso, le ofrece y la espalda
para la eternidad. ■ ■